

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Alfredo R. Placencia

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



lfredo R. Placencia

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Alfredo R. Placencia

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2017

Director de la colección
Hugo Gutiérrez Vega †

Coordinadores de la colección
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred
Lucinda de Gutiérrez Vega †

Autor
Alfredo R. Placencia

Selección y prólogo
Jorge Souza Jauffred

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 742 935 7

Noviembre 2017



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra Casa de Estudio acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

11	Placencia, una vida intensa a la luz de la poesía
25	El libro de Dios
27	Lucha divina
28	Ciego Dios
29	Abre bien las compuertas
31	El Cristo de Temaca
35	Mi Cristo de cobre
37	El paso del dolor
39	Las manos cerradas
40	Mis versos de hoy
42	La tumba del gobierno
44	Hojas y hiedras
45	Llamada a los poetas
47	A ver qué queda
49	Enterradores
51	Escarban, escarban
54	Tú aún eres pequeño
57	El éxodo
60	Por lo que quiero irme

61	Bienvenido sea
64	A Jesús crucificado
65	Ad altare
68	El mal turiferario
70	Meditación
72	La enmienda
73	Las estrellas
76	Mis tristezas
77	Las dos cosas que quiero
78	Almas enfermas

Placencia, una vida intensa a la luz de la poesía

JORGE SOUZA JAUFFRED

Fue uno de los poetas más intensos de las letras de México; un hombre que hizo de la poesía parte fundamental de su religión y que desplegó una voz llena de matices para hablar del dolor y del destino humano, a veces cuestionando, incluso, a la divinidad.

Alfredo R. Placencia, desde los casi veinte pueblos donde vivió, dejó testimonio de su vida en nueve poemarios plenos de imágenes originales y arriesgadas, de historias y sentimientos conmovedores, y de renglones trazados con deslumbrante libertad, en los que el respeto a la forma pasaba muchas veces a un segundo término. En esos libros se manifiesta un conflicto interno entre su necesidad de acercarse a Dios, el reconocimiento de su propia pequeñez, y su desolación y rebeldía. Placencia es un poeta único, dueño de una voz apasionada y, por momentos, arrebatadora; reflejo todo ello de un profundo universo interior donde se debatían las pulsiones disímiles del hombre.

Según Agustín Yáñez, quien admiró a Placencia, el poeta bebió de la fuente del Romanticismo tardío y de las aguas renovadoras del Modernismo para dar a luz

su poesía portentosa. En 1946, ya muerto el poeta, Alfonso Gutiérrez Hermosillo publicó una antología de los textos del padre con el sello de la UNAM. En 1959, la casa de la Cultura Jalisciense dio a conocer sus obras completas, preparadas por Luis Vázquez Correa e integradas por nueve libros. Era entonces Agustín Yáñez gobernador del estado.

En 1970, José Emilio Pacheco lo incluyó en su *Antología del modernismo: 1884-1921* y lo definió como el mejor poeta católico que tuvo México antes de Carlos Pellicer. Años antes, Emmanuel Carballo lo había llamado “poeta universal”. Actualmente, cada vez son más los estudiosos que fijan su atención en la vida y obra de Placencia.

Ernesto Flores, quien ya había preparado una selección para la colección Material de lectura de la UNAM en 1980, publicó en el FCE, en 2013, una edición de su poesía completa, con un nuevo libro integrado por poemas hasta entonces inéditos. La obra, acompañada de 45 testimonios de personas que lo conocieron, traza un retrato vívido del poeta.

Alfredo R. Placencia nació en Jalostotitlán, un pueblito de Los Altos de Jalisco, en 1875, en el seno de una familia muy pobre, cinco años después que Amado Nervo. Su padre era el sastre de aquella pequeña comunidad y sus ingresos apenas le permitían sostenerse. Alejandra Rodríguez, hija de quienes prestaban una humilde casa a los Placencia, dijo lo siguiente a Ernesto Flores:

Los Placencia eran pobres. Muy pobres [...] Aquí era su casa [...] Todo eso era el corral de los becerros [...] Había vacas y puercos. No había separación entre la casa de ellos y lo demás. [...] Nosotros les dábamos todo, porque todo había. De comer, lo que querían. Así era mi papá.

En uno de sus poemas, “El buen Bartolo”, el poeta describe aquella vida humilde y los anhelos paternos de que sus dos hijos varones se conviertan uno militar y el otro poeta, y que la hija única ingrese a un convento.

Tiene dos pequeños niños y una niña grave y quieta
El maestro del taller.

...

Dios que mira y que protege hasta el ansia más secreta
¿dejará burlada el ansia del maestro del taller...?
¿No será monja la niña de quebrada piel de asceta...?
¿No hará Dios de los pequeños un soldado y un poeta?
Bien lo puede hacer.

A los doce años fue enviado a estudiar, como externo, al seminario de Guadalajara y se vio obligado por la necesidad a vender periódicos en el jardín del Carmen. De esa época triste, muy triste para él, lejos de sus seres más queridos, Alfonso Gutiérrez Hermosillo reproduce una anécdota que le contó Placencia y lo refleja en mucho.

una niña preciosa de doce años, de gran falda cónica, de ojos azules que yo me embelezaba en contemplar [...]. Una vez [...] vino a regalarme una flor [...] ¡Qué fuerte cosa! No acaba de irse, y volvía la cara con frecuencia. Yo estaba entumecido, con los ojos anchos y la boca anhelante de desaparecer. De pronto, quise llevarme la flor a un sitio que yo solo conociera, cuando la suela de mi roto calzado me hizo caer. Durante un segundo, resollando sobre las baldosas, me sumí en mi desgracia, y al levantarme, mis pantalones que estaban desgarrados, por obra del movimiento pusieron a lucir sus lacerias. La niña estaba viéndome, sonriendo todavía. Lloré de pena y no la vi más.

Años después, el alteño ingresó como interno al seminario. Su hermana Cristina, a su vez, se convirtió en monja; y el benjamín de la familia, Higinio, se enlistó al servicio de las Armas. Los tres hermanos cumplieron así, al delinear su destino, el sueño paterno.

Ordenado sacerdote en 1899, el joven cura comenzó un periplo de casi treinta años, a través de 16 pueblos, casi todos ellos empobrecidos y alejados de Guadalajara, además de dos exilios, uno en 1922 a Fillmore, Estados Unidos, y otro, en 1928, a Usulután, El Salvador, en donde la gente, por cierto, pedía que lo convirtieran obispo. Tal itinerario fue resultado, al menos en parte, de su complicada relación con la jerarquía eclesiástica. Con el arzobispo de Guadalajara, Francisco

Orozco y Jiménez, sostuvo varios desencuentros. Uno de ellos, relatado tanto en un artículo de Gabriel Zaid como en el libro *Alfredo R. Placencia. Poesía completa*, la obra indispensable de Ernesto Flores, señala que “el día que llegó el señor Orozco y Jiménez (a Atoyac), ya estaban las calles arregladas esperándolo cuando llegaron los carrancistas”. Ante la situación, el prelado quería caballos para escapar, pero Placencia insistía en que debía quedarse a convivir, en una velada literaria, con el pueblo. El arzobispo, molesto, partió y dijo “estos poetas no sirven para nada”. Por otra parte, no hay que olvidar la difícil situación que atravesaba el país, motivo del exilio de Placencia a El Salvador. Esther Gómez Loza lo describe así:

... el país sufría las consecuencias de la prolongada guerra civil: destrucción de campos, ciudades, vías férreas y material rodante; interrupción del comercio y de las comunicaciones; fuga de capitales, falta de un sistema bancario; epidemias, escasez de alimentos y bandillaje. Cientos de comuneros habían ocupado tierras y otros tantos clamaban por restituciones y dotaciones; no había confianza en la posesión de la tierra ni en el mercado de los productos; el desempleo era elevadísimo, así como la inseguridad en los trabajos; se declararon huelgas pidiendo mejores salarios y condiciones de trabajo... En algunos estados, especialmente en Jalisco, fue muy agudo el problema religioso.

Uno de los pueblos que quedó vinculado para siempre a la figura de Placencia fue Temacapulín, que ahora está en riesgo de desaparecer bajo las aguas de una nueva presa que construyen gobierno e iniciativa privada. Su poema, “El Cristo de Temaca” se encuentra, junto con “Mi Cristo de cobre”, en prácticamente todas las antologías de poesía religiosa mexicana. El texto, muy bello, comienza con los siguientes párrafos:

I

Hay en la peña de Temaca un Cristo.
Yo, que su rara perfección he visto,
jurar puedo
que lo pintó Dios mismo con su dedo.

En vano corre la impiedad maldita
y ante el portento la contienda entabla.
El Cristo aquel parece que medita
y parece que habla.

¡Oh...! ¡qué Cristo
éste que amándome en la peña he visto...!
Cuando se ve, sin ser un visionario,
¿por qué luego se piensa en el Calvario...?

En documentos de la arquidiócesis de Guadalajara que ha publicado recientemente José C. Martín en la

revista virtual *Sincronía*, es posible seguir, paso a paso, algunos aspectos de esta complicada relación, que ni siquiera su amistad con el canónigo Antonio Correa, entonces secretario de la Mitra, pudo aliviar. A él escribía con frecuencia solicitando su apoyo y exponiendo sus quejas. Entre ellas, que el párroco de San Juan de Los Lagos no les pagaba el peso extra por oficiar en bodas y bautismos; la falta de vacaciones a la que estuvo sometido durante años, su necesidad de ser trasladado al pueblo de Amatitán... En fin. Finalmente, el amigo dejó de atender sus cartas y Placencia se distanció. Un poema que le había prometido, se convirtió más en un reclamo que en una muestra de amistad.

Los testimonios de las personas que trataron a Placencia y que recogió Ernesto Flores lo pintan, con matices distintos, como un hombre generoso, compasivo, solidario, alegre, culto, atractivo, sobrio siempre y con carácter recio. Era un hombre que se quitaba el saco para entregarlo a otro, pero que no toleraba los abusos, que jamás aceptó la hipocresía y que alguna vez se enfrentó a golpes con un hombre que golpeaba a su esposa. En cierta ocasión, en respuesta a la recomendación que le daba un amigo de que acatara las disposiciones superiores para que ascendiera en la jerarquía, replicó de inmediato: “no soy víbora para arrastrarme”.

Otras actitudes del vate tampoco fueron ortodoxas. Tocaba el saxofón con la banda del pueblo, en las serenatas; organizaba veladas literarias en las que solía

declamar con alta voz y casi con lágrimas poemas propios o ajenos. Más aún, hombre bien parecido y culto, el padre tenía entre las feligreses, de cuando en cuando, sus admiradoras. Como aquella muchacha, la Chata Padilla, “muy salidora” que lo buscaba en su casa para confesarse y le preguntaba al llegar: “Padre, pregúnteme con quien soñé”, mientras se sentaba frente a él, lo miraba intensamente y cruzaba la pierna.

Sin embargo, Placencia nunca dejó de cumplir sus compromisos religiosos. Se levantaba a las cuatro de la mañana para oficiar misa de cinco. Mantuvo una rutina que incluía la contemplación nocturna de las estrellas y la escritura de poemas. Para él la poesía no era el simple ejercicio del adorno retórico, sino la entrega a una vocación profunda que descubrió desde muy joven. Por algo en sus textos llama “hermanos” a los autores inmortales y afirma categórico que él, desde que nació, fue poeta.

Por eso, aunque su trabajo sacerdotal estuvo salpicado de problemas, encontró calma y luz en su oficio de escritor. Sus textos son casi un diario íntimo de los acontecimientos trascendentes: la muerte de sus padres, la pérdida de sus hermanos, la entrega de su querido saxofón soprano a otra persona, la enfermedad de una monja, el amor a su hijo y hasta su sueño de vivir al lado de Josefina Cortés, la mujer de su vida, quedaron registrados con maestría en poemas personalísimos, coloreados con imágenes inusuales y enriquecidos con

la fuerza de la pasión. En un poema que le dedica a ella, Placencia sueña:

Sobre la Playa Larga voy a hacer mi casita
que mire al cielo siempre y siempre mire al mar.
Así veré que el tiempo a mis pies se retuerza
y que el cielo me abra toda su inmensidad.

Igualmente, en *El paso del dolor*, plasma la profunda pena por la muerte de sus padres. En un poema de ese libro, “Autónoma”, personifica al dolor, quien le llama:

Sube, poeta.
Asciende hasta el crestón
de la angustia suprema.

Aquí te aguardo...

Y él lo sigue hasta la cima, donde entiende que va a ejecutarse un sacrificio y, al no ver a ninguna víctima, entiende:

Tu silencio me hablaba ¿Quién podría
ser la víctima ahí de no ser yo?

Y me abracé a mi cruz, y comenzaste
la dura transfixión.

Sobre la roca escueta agonizaba
la última luz del sol.

En *Del cuartel y del claustro* retrata a su hermana Cristina y a su hermano Higinio. El libro está dedicado a ellos, a sus tempranas muertes y al pesar que le causaron:

¿Qué hago con los clarines de la tropa...?
¿Qué haré con la campana del convento...?
Los clarines están tocando a “diana”,
Y convida a las monjas la sonora campana.
[...]
Mis muertos nada oyen, los dos andan de viaje.

Consciente del dolor, el poeta se queja de la injusticia celestial. Su voz externa desde un suave “Ten piedad”, dirigido a la Madre divina, hasta un impaciente “Abre bien las compuertas”, en el que dice a Dios:

“Tocad, que si tocareis se os abrirá”, dijiste.
Por eso llego y toco
y tus misericordias seculares invoco.
Señor: cúpleme ahora lo que me prometiste.

Otro ejemplo de esta actitud que por momentos se desborda es su famoso “Ciego Dios”, que comienza con lo que parece una blasfemia y se resuelve con un sentido profundamente humano, rendido ante Cristo

Así te ves mejor, crucificado.
Bien quisieras herir, pero no puedes.
Quien acertó a ponerte en ese estado
no hizo cosa mejor. Que así te quedes.

De acuerdo con la investigadora Gómez Loza:

Con lógica inusitada los versos plasman y explican las luchas cotidianas del sacerdote. Lo difícil que le resultaba mantenerse o procurar la gracia de Dios. Ante Cristo, a quien el poeta llama ciego adorado, Placencia confiesa el dolor que le provoca su humana naturaleza, pero también su fe y su confianza en la misericordia de Dios que perdona a los pecadores arrepentidos.

Aunque en su obra se respira la influencia de la Biblia, sobre todo de los Salmos, el libro de Job, los Evangelios y el Cantar, Placencia es mucho más que un poeta religioso. Es un poeta profundamente humano, sensible al dolor propio y ajeno; sus poemas, muchos de ellos claramente autobiográficos, nos permiten adentrarnos en su alma, que si bien encontraba alegría en la música y la poesía, también se sabía revestida por un dolor constante, que le mantuvo siempre cerca de la decepción, como lo hace constar en su poema “Miserere”:

Desde el claustro materno vengo heredado
con las grandes tristezas del paraíso.

¡Oh! ¡Qué noche tan triste la noche aquella
en que de mí se dijo: “Surge a la vida”...!
¡Quién pudiera dejarla sin una estrella...!
Génesis y principio de tanto daño
¿Por qué no la tuviste siempre escondida...?

Fue, en síntesis, el hombre de Jalos, un poeta completo; un gran poeta que supo hablar de tú a tú con el dolor, con el cielo, con Cristo y con María, a quien veneraba en textos que se aproximan a los que un enamorado podría escribir a su amada. En “Pasionaria”, manifiesta ese amor en forma clara. Consigno un fragmento.

Aquí sigo, Señora, a tus umbrales.
Necesito vivir de tus amores,
y aspirar del perfume de tus flores,
y asomarme a tus ojos celestiales.
... Ábreme, tengo frío.
Si entume y duerme su canción el río;
si el cielo insiste en su nevar eterno,
no es eso mucho junto a mí, Bien mío,
que acá, en el corazón, traigo otro invierno.
¿Ves la noche cuán fría...?
Mucho más tengo el alma, Prenda mía.

Gutiérrez Hermosillo y Luis Vázquez Correa coinciden al describir al poeta, en las postrimerías de su

vida, como “un ancianito”, aunque sólo tenía 54 años cuando falleció.

Placencia fue orgulloso ante el poder y humilde ante su propia circunstancia. Hombre cabal, de convicciones puras, vivió con su mujer y su hijo, quien le llamaba “padrino”, confiando en que Dios ese pecado lo perdonaría. Sin embargo, la lucha que libraba en su conciencia fue constante y lo llevó a mirar la muerte con resignación, comprendiéndola como un estado de reposo del alma.

En su poema “Mi Cristo de cobre” deja constancia de la serenidad con que se aproximó al término del camino. El final del poema dice:

¿Para qué más fortuna
que mi lecho de pobre,
y mi rayo de luna,
y mi alondra y mi alero,
y mi Cristo de cobre,
que ha de ser lo primero...?
Con toda esa fortuna
y con mi atroz inmensidad de olvido,
contento moriré; nada más pido.

Murió, dice Josefina Cortés, su mujer, “de un fuerte dolor. Me preguntó un día antes: ¿qué día es ahora? Le dije: 18. Dijo: Ay, ojalá y me muera el 19, el día del señor San José. Ay padre, ¿por qué dice eso?. Sí, ya se-

ría tristeza que yo me aliviara. Mejor, ya estoy preparado para la muerte”. Murió el día 20 de mayo de 1930, en Guadalajara.

Cuando Placencia murió, apenas unas quince personas acompañaron su sepelio. Un par de sacerdotes, un médico, su mujer y algunos de los jóvenes veinteañeros que publicaban la revista *Bandera de Provincias*, entre ellos Agustín Yáñez y Alfonso Gutiérrez Hermosillo, quienes sentían una gran admiración por el poeta.

El tiempo, juez definitivo, ha otorgado su fallo favorable a la obra de Placencia. A medida que pasan los decenios, su voz se agiganta y sorprende con más fuerza la pasión de su vida y la intensidad de su tono. Los trabajos de Ernesto Flores, principalmente, la revaloración de su obra realizada por José Emilio Pacheco y los estudios recientes, cada vez más numerosos, le otorgan un sitio definitivo en la historia de nuestras letras.

El libro de Dios

Aquí sí que no puedo
nada, si no es temblándome la mano.
Tu nombre es inefable y soberano;
tu nombre causa devoción y miedo,
y, no puedo, no puedo.
¿Cómo voy a poder...? Soy un gusano.

Déjame antes llorar, eso es muy mío.
Deja que piense en Ti y en Ti me abrase.
Aguarda a que me pase
esta ola de frío
y luego escribiré, si es que ya puedo,
tu libro este, que me causa miedo.

Mientras anda la noche y todo duerme,
me sentaré a raíz, sobre la tierra,
dando tiempo a tu amor de que me enferme.
Así voy a ponerme,
y el dique romperé, que el llanto encierra,
y, en seguida vendré a desmorecerme.

Los misterios del llanto son los mismos
que los solemnes del Amor. El llanto
sabe salvar o ciega los abismos,

tal como aquél, y sana y melifica.
El Amor puede tanto,
que a un tiempo lava y cura y deifica.

Así lo voy a hacer, por ver si puedo
con este Libro que me causa miedo.
Me sentaré a raíz, sobre la tierra,
mientras la vida calla y la luz duerme,
y el dique romperé, que el llanto encierra.
Voy a desmorecerme
y a sentarme en la tierra.
Tan sólo aguardo que tu amor me enferme.

Lucha divina

¿Tú sostienes el orbe con un dedo...?
Eso, a decir verdad, no es maravilla.
Puedo yo más que Tú. Yo soy de arcilla
y, ya lo has visto en el altar: ¡Te puedo!
¿Piensas poder más Tú...? Te desafío;
y si es así que tu potencia es mucha,
lucha conmigo, véceme en la lucha
y a Ti no más te ame, Jesús mío.

Ciego Dios

Así te ves mejor, crucificado.
Bien quisieras herir, pero no puedes.
Quien acertó a ponerte en ese estado
no hizo cosa mejor. Que así te quedes.

Dices que quien tal hizo estaba ciego.
No lo digas; eso es un desatino.
¿Cómo es que dio con el camino luego,
si los ciegos no dan con el camino...?

Convén mejor en que ni ciego era,
ni fue la causa de tu afrenta suya.
¡Qué maldad, ni qué error, ni qué ceguera...!
Tu amor lo quiso y la ceguera es tuya.

¡Cuánto tiempo hace ya, Ciego adorado,
que me llamas, y corro y nunca llego...!
Si es tan sólo el amor quien te ha cegado,
ciégume a mi también, quiero estar ciego.

Abre bien las compuertas

El hilillo de agua, rompedizo y ligero
abre la entraña oscura
de la peña, de suyo, tan tenaz y tan dura,
y da en la peña misma con algún lloradero.

Señor: entra en mi alma y alza Tú las compuertas
que imposible es que dejen que fluya mi amargura.
Quiero que estén abiertas
las compuertas
de mi alma de roca, tan rebelde y tan dura.

Soy Tomás; necesito registrar tu costado.
Soy Simón Pedro, y debo desbaratarme en lloro.
Dimas soy, y es mi ansia morir crucificado.
Soy Zaqueo, que anda todo desazonado,
viendo, por si pasares, dónde habrá un sicómoro.

“Tocad, que si tocareis, se os abrirá”, dijiste.
Por eso llego y toco
y tus misericordias seculares invoco.
Señor: cúmpleme ahora lo que me prometiste.

Alza bien las compuertas, Señor; lo necesito.
Deben estar abiertas

las compuertas del llanto que purgará el delito.
Abre bien las compuertas.

El hilillo de agua, rompedizo y ligero,
¿cuándo no dio en la peña con algún lloradero...?

El Cristo de Temaca

I

Hay en la peña de Temaca un Cristo.
Yo, que su rara perfección he visto,
jurar puedo
que lo pintó Dios mismo con su dedo.

En vano corre la impiedad maldita
y ante el portento la contienda entabla.
El Cristo aquel parece que medita
y parece que habla.

¡Oh...! ¡qué Cristo
éste que amándome en la peña he visto...!
Cuando se ve, sin ser un visionario,
¿por qué luego se piensa en el Calvario...?

Se le advierte la sangre que destila,
se le pueden contar todas las venas
y en la apagada luz de su pupila
se traduce lo enorme de sus penas.

En la espinada frente,
en el costado abierto

y en sus heridas todas, ¿quién no siente
que allí está un Dios agonizante o muerto

¡Oh, qué Cristo, Dios santo! Sus pupilas
miran con tal piedad y de tal modo,
que las horas más negras son tranquilas
y es mentira el dolor. Se puede todo.

II

Mira al norte la peña en que hemos visto
que la bendita imagen se destaca.
Si al norte de la peña está Temaca,
¿qué le mira a Temaca tanto el Cristo?

Sus ojos tienen la expresión sublime
de esa piedad tan dulce como inmensa
con que a los muertos bulle y los redime.
¿Qué tendrá en esos ojos? ¿En qué piensa?

Cuando el último rayo del crepúsculo
la roca apenas acaricia y dora,
retuerce el Cristo músculo por músculo
y parece que llora.

Para que así se turbe o se conmueva,
¿verá, acaso, algún crimen no llorado

con que Temaca lleva
tibia la fe y el corazón cansado?

¿O será el poco pan de sus cabañas
o el llanto y el dolor con que lo moja
lo que así le conturba las entrañas
y le sacude el alma de congoja....?

Quien sabe, yo no sé. Lo que sí he visto,
y hasta jurarle con mi sangre puedo,
es que Dios mismo, con su propio dedo,
pintó su amor por dibujar su Cristo.

III

¡Oh mi roca...!
la que me pone con la mente inquieta,
la que alumbró mis sueños de poeta,
la que, al tocar mi Cristo, el cielo toca!

Si tantas veces te canté de bruces,
premia mi fe de soñador, que has visto,
alumbrándome el alma con las luces
que salen de las llagas de tu Cristo.

Oh dulces ojos, ojos celestiales
que amor provocan y piedad respiran;

ojos que, muertos y sin luz, son tales
que hacen beber el cielo cuando miran.

Como desde la roca en que os he visto,
de esa suerte,
en la suprema angustia de la muerte
sobre el bardo alumbrad, Ojos de Cristo.

Mi Cristo de cobre

Quiero un lecho raído, burdo, austero
del hospital más pobre; quiero una
alondra que me cante en el alero;
y si es tal mi fortuna
que sea noche lunar la en que me muero,
entonces, oíd bien qué es lo que quiero:
quiero un rayo de luna
pálido, sutilísimo, ligero...
De esa luz quiero yo; de otra, ninguna.

Como el último pobre vergonzante,
quiero un lecho raído
en algún hospital desconocido
y algún Cristo de cobre agonizante
y una tremenda inmensidad de olvido
que, al tiempo de sentir que me he partido,
cojan la luz y vayan por delante.
Con eso soy feliz, nada más pido.

¿Para qué más fortuna
que mi lecho de pobre,
y mi rayo de luna,
y mi alondra y mi alero,
y mi Cristo de cobre,

que ha de ser lo primero...?
Con toda esa fortuna
y con mi atroz inmensidad de olvido,
contento moriré; nada más pido.

El paso del dolor

La noche del dolor es grave y densa.
En dos filas formaos,
poetas, hijos de la noche inmensa,
y dejad de pensar.
¿En qué se piensa
cuando en el alma se desploma el caos?

Una noche infinita,
con su mortal gravitación de roca,
sobre la soledad se precipita.
En ella entremos.
A nosotros toca
saber lo que esa noche entraña y grita.

Por aquí va la entrada
de esa noche sin límites ni nada
a que os convidó yo.
Venid conmigo.
Vuestra pisada huelle la pisada
que hollando va la del dolor que sigo.

Nadie penetrará más que nosotros
en esa noche imperturbable y quieta.

Tan difícil la entrada y tan secreta
puso a Dios a los otros,
como a la mano y fácil al poeta.

Ninguna flor de luz abre su broche.
Mas no habrá que temblar ante el derroche
de tanta sombra que dormita en calma.
Vosotros, como yo, tenéis el alma
grande, y triste también, como la noche.

En dos filas formaos,
poetas, seres que acaricia el caos,
y entremos ya.
Cuando el dolor sintiereis,
si teneros en pie no consiguieréis,
de rodillas estad. ¡Arrodillaos...!

Las manos cerradas

Estoy descalzo y desnudo
y es pan muy negro mi pan.
Me falta luz en el alma
y está sin lumbre mi hogar.

Y pensar que ha mucho tiempo,
para no abrirse jamás,
están cerradas las manos
que me daban luz y pan...

Mas no por el pan me apeno;
algo hay que me duele más:
cerradas aquellas manos,
¿cuáles me bendecirán?

Mis versos de hoy

Mis versos de ayer no eran tristes
como los de hoy.

¿Qué tendrán mis versos...?

¿Qué hombre enemigo me los enfermó...?

Los que antes venían
vestidos de sol,
¿por qué han dado en venir por las noches
y el paso atenúan y bajan la voz...?

Todavía en las frondas hay nidos
trémulos de amor.

Todavía se rizan las olas
y las besa el sol.

Todavía las noches escriben
con llamas de astros el nombre de Dios,
y es un canto sentido y solemne
toda la creación.

¿Qué tendrán mis versos...?

¿Qué hombre enemigo me los enfermó...?

¿Tanto habrá a los pobres

dañado el dolor
que ya no oyen el diálogo augusto
que traban los gritos de todo este amor...?

La tumba del gobierno

No tienen sed los muertos.

Si la tuvieran,
no brotara en sus tumbas
la madre selva.

Si entre tantos sepulcros
que habrá en la tierra,
al andar de los tiempos,
alguno hubiera
sin naranjos ni mirtos
ni adormideras,
pienso yo que sería
el que al poeta
gratis dará el gobierno,
que es quien entierra
a los pobres que nadie
llorando dejan.

Porque, vamos, ¡sentaos!
haced de cuenta:
partió mi padre, poco a poco
la madre buena,
el soldado enseguida,
muerto en la guerra,
y, al final, sor Eulalia...

decid: ¿quién queda...?
¡Quién sabe!, (estoy pensando)
si habrá en la tierra
tumbas desconocidas
que nadie riega...
y que no tendrán nunca
ni adormideras...
¡Cuántos no habrán dejado,
como el poeta,
más padre que el gobierno
sobre la tierra...

Hojas y hiedras

¡Ay de las pobres hojas que se vieron
por la savia en un tiempo fecundadas...!
¡Ay de las hiedras blancas que nacieron
sobre las tristes tumbas olvidadas...!

¿Qué va a ser de esas flores ignoradas...?
¿dónde van esas hojas que cayeron...?
¿a quién deja sin llanto en las miradas
la mortal palidez a que vinieron?

Esas flores de tumba me lastiman,
me consumen de lástima esas hojas...
¿quién las fuerza a que rueden y a que giman...?

De mi tristeza y de mi mal padecen:
Tienen mi desamparo, mis congojas,
mi eterna soledad... ¡Se me parecen...!

Llamada a los poetas

Dad la mano a este pobre que se pierde
sin un rayo de sol.
Dadle a beber dolor los que aprendisteis
donde vive el dolor.

Para escribir la estrofa, necesita
sangre del corazón.
Decid, los que nacisteis soñadores,
¿dónde hay tinta mejor...?

Guiadlo, por piedad.
Es de la casta
de que vosotros sois.
Su nombre, como el vuestro, va en la lista
que ha empezado por Job.

Yo descendí hasta el alma de la noche
y en sus abismos me senté; aquí estoy.
Subid a ver si hay algo en la montaña
de la lumbre del sol.

Algo debió quedar allí perdido.
Pienso que algo quedó.
Registrad las espigas y las hojas,
hijos mansos de Job.

Dad la mano a este pobre que se pierde
sin un rayo de sol.
Dadle a beber dolor los que aprendisteis
donde vive el dolor.

A ver qué queda

Ponte a buscar los muros,
a ver qué queda.
Un terrón, cuando menos,
deberá haber quedado sobre la tierra.

Besa el terrón hallado.
Tu boca besa,
cuando el terrón besares,
las pisadas paternas,
todas ellas piadosas
y todas buenas.

Carga con tu desierto,
grita a la parentela.
Ponte a buscar los muros...
A ver qué queda.

Ve a buscar en seguida
la vieja puerta.
Alguna astilla leve
quedará, cuando menos, sobre la tierra.
Besa también la astilla.
Esa astilla te cuenta
cómo entraba a menudo,

como una abeja,
con sustento cargado, tu muerto padre
por esa puerta.
Ponte a buscarla, búscala,
a ver qué queda.

Busca el granado viejo,
de ramas como muertas,
que así, viejo y cansado,
daba las flores vírgenes y nuevas.
Y no te olvides de buscar el tronco,
a ver si queda,
del naranjo que, un día,
el buen viejo plantó junto a la puerta.

Fácil es que de aquello nada quede;
pero tú siempre búscalos, poeta,
y acarícialos y bésalos.
Quién sabe
si algo viva y lo encuentres.
Dios lo quiera.

Enterradores

*Para mi hermano Higinio
que murió en la guerra*

Por aquí pasaron,
por frente a mi casa,
con la caja a cuestras,
a cuestras media alma
y echado a los ojos
el viejo sombrero
de caída falda.

De todo el cortejo
ni una gente hablaba,
como que la pena
las dejó sin habla.

Llegaron al campo,
tiraron la carga,
y, hecha ya la fosa,
sin hablar palabra,
las sogas cogieron
y hundieron la caja.

De vuelta pasaron
por frente a mi casa,
con su pena a cuestras,
a cuestras media alma,
bajo los sombreros
y al hombro, las palas.

Pienso en el soldado
muerto en la campaña.
¡Cómo quedaría
vuelta al sol la cara,
tendido en lo duro
de la calle larga...;

No hubo enterradores,
ni deudos, ni palas,
ni picos, ni sogas,
ni rezos, ni nada.

Escarban, escarban

Las palas ¡qué crueles,
qué duras, qué malas!
Por el solo gusto
de enfermar el alma,
por el gusto solo
de ver una casa
quedarse sin luces
y de todo falta,
van al cementerio,
los filos preparan
y hasta entre las piedras,
escarban, escarban...

Los sepultureros
¡qué malos de entrañas...!
por el solo gusto
de enfermar el alma,
si de un muerto saben,
que nada les llama,
ni nada los odia
ni les hace nada,
van al cementerio
con picos y palas
y a la lluvia expuesta

la desnuda espalda
pónense nerviosos
a enterrar la caja
del pobre difunto
y escarban, escarban...

Los recuerdos estos...
¡qué furia, qué saña...!
¡qué encono...!
Ya casi me acaban,
Ha veinte años
las uñas me clavan,
y todo me hieren,
y todo me sangran,
y siempre homicidas,
que nunca se sacian;
el seno me siguen,
me siguen el alma,
y allí se acurrucan
y escarban, escarban...

¡Mátenme esas gentes
que la tierra cavan!
Rómpanme esos picos;
quémenme esas palas;
y si alguno hubiere
de experiencia tanta
que un remedio sepa

que el recuerdo mata
traiga acá el remedio...
Me sobran las palas,
me sobran las gentes
de malas entrañas...
y hasta los recuerdos
que mi vida amargan
y el seno me buscan
y en mi ser escarban...

Tú aún eres pequeño

I

Solfea, niño amigo, en tu Eslava, solfea;
y que el poeta sueñe, como en la dulce aldea,
cuando la peña canta y el tabachín florea.

Siento como el exúber florecer de la roca
cuando trémula viene hasta mi alma y toca
la inspiración temprana que fulgura en tu boca.

Solfea, artista impúber,
en tu Eslava, solfea.

Soñador del exúber
florece de la aldea,
yo he de entornar los ojos por ver cómo la roca
bebe la sangre virgen que el tabachín gotea.

II

Tú y yo somos hermanos. Aunque esté encanecido
mi pelo con la nieve que el tiempo le ha traído
y tú seas un niño todavía pequeño,

ambos somos hermanos; el amor nos ha unido
con la dulce lazada del ritmo y del ensueño.

Y soy un pobrecito digno de que me quieras.
Soy un triste que ha mucho va por la vida solo.
Si a su casa, sin aire y sin calor, vinieras,
amasados sus muros y cimientos creyeras
con las eternas nieves y el olvido del polo.

Mas no pesa mi carga, antes vivo contento
con mi fardo de nieves y mi sobra de olvido.
Débil hoja que plugo para juguete al viento,
nunca he soñado tanto como cuando ha venido
el olvido a mi casa y ahí puso su asiento.

El Temaca ignorado tiene sus sabineras
de cuya espesa fronda fui a suspender mi hamaca;
y le canté a su Cristo, que el viandante venera,
y pusieron a hablarme la cumbre y la pradera
de aquel mundo de versos que me inspiró Temaca.

Y más antes –de ello hace ya muchos años–,
descendí a lo más hondo del lejano Bajío
donde guarda sus restos coloniales Bolaños,
y soñé los dialectos de sus hombres extraños,
y canté a las estrellas caídas en su río.

Y es así, de ese modo, sin poner para nada
el haz de mis austeras esperanzas en nadie,

y descendiendo siempre de bajada en bajada,
como he visto que suele reventar la alborada
y que en mi frente el beso de sus luces irradie.

Tú eres aún pequeño. Todavía no pruebas
el pesar de la vida. Tu sendero se alfombra
de luces juveniles y de esperanzas nuevas;
pero ya vendrá el tiempo para darte a que bebas
su dolor y a traerte su dávida de sombra.

Entretanto, solfea...

La peña está cantando y el tabachín florea.
No temas al adusto dolor; antes invoca
al dolor, y que él sea
el que ponga en tu alma y destile en tu boca
las estrofas que él sabe pensar. Mira la roca:
¡Son de sangre las flores que el tabachín gotea!

El éxodo

I

El mal aventurero

Se echó a cuestras su cátedra y, así cargado, vino
a decir a la turba de ilusos que era bueno
el oficio execrable de vivir de lo ajeno,
sin andar por los montes ni arriesgarse al camino.

Y le abrieron sus brazos los ilusos.

Concino

hallaron el discurso que fermentó el veneno
que la muerte traía.

Y al abrirle su seno,
se le tendió la mesa y agua se le previno.

El mal aventurero llegó a los pocos días
a ser como el pontífice de mi grey y el oráculo.
Y pervirtió a las almas, que dizque fueron pías.

Y siendo yo una rémora y una ley y un obstáculo,
a escoger se me puso una de tantas vías
sin coger ni mi alforja, ni mi luz, ni mi báculo.

II

La gente buena

Lo querían los santos.
Su beatitud salvaje,
hasta mi propia puerta llegaba y me imponía
su arbitrario designio.
Y a toda costa había
que ir cerrando las puertas y emprender aquel viaje.
Sin hacer cuenta alguna de mi escaso menaje
separé cuanto suyo a mi guarda tenía:
sus papeles, sus llaves, su vivienda sombría,
sus escombros y todo.
Nada suyo me traje.
Y entregué una por una, cuanta cosa era ajena;
y una vez que ya hube todo aquello entregado,
me refugié en mi noche y abracé mi condena.
¡Si tendré o no justicia para verme tentado
a dudar de los hombres!...
Fue la gente más buena
la que me dio la espalda...
¡La que más ha rezado!

III

El buen dulcero

Dejó Damián su almíbar, nada más preparado,
y así vino a decirme:
“Señor, el odio llega,
por lo visto a su colmo.
¿Sabéis quién os entrega?
Atanasio, el que labra vuestro propio sembrado.
Sin dilación quitemos el polvo del calzado
y salgámonos presto de aquí.
La turba ciega
no sabrá la partida, como que Dios le niega,
providente, el aviso y la luz.
A mi cuidado
siento que Dios os pone.”
Y el piadoso dulcero
que su almíbar dejaba y en mi ayuda venía
en la noche tremenda que en vano olvidar quiero,
a lo último díjome:
“Señor, esta es la vía.
Andadla mientras arden las estrellas.
Yo espero
que os hallaréis muy lejos cuando reviente el día.”

Por lo que quiero irme

*Para Lupe, con mi vieja
admiración de bardo.*

Me he aferrado al gran sueño de morirme
por lo que Dios ha visto que me pasa.

Desde el cuatro de enero no es mi casa
ésta en que estoy.
Por eso quiero irme.

Desde cuando despierto hasta el dormirme,
afónico dolor viene y me abrasa
sin que logre mi fe, débil y escasa,
de sus brazos combustos desasirme.

Mi alma es un alma en pena.
¿Qué paz tiene
desde la noche aquella maldecida
que nada ha hallado en mí que no envenene?...
Así es que si la muerte me convida,
bien hará en no tardar.
Más me conviene
la casa nueva que la casa ida.

Bienvenido sea

I

¿Eres Tú la Sunamitis pura y blanca
que soñaron los patriarcas y entrevieron los profetas?
Aunque atruene tierra y cielos el acorde que se arranca
de los astros y las plumas de los santos y poetas,
para darte el parabién,
no despiertes, Niña blanca;
duerme bien.

Las mujeres que tenidas son por fuertes;
los patriarcas, los profetas;
los que, ciegos de llorar, van extraviados;
los poetas...
todos juntos volverán, cuando despiertes,
para darte el parabién,
con las ansias de los justos y el amor de los collados.
Duerme bien.

Puede ser que estés cansada;
bien pudiera ser.
Fue tan larga la jornada...
¡Sobre todo para una mujer!...

Porque vienes de muy lejos. Sé que nada
antes del tiempo existía, y ya estaba tu beldad
graciosamente jugando ante Dios. Esa verdad
lo declara y dice todo: ¡Vienes de la eternidad!

II

La tibia luz de la luna
la está besando en la sien.
No os acerquéis a su cuna,
idos yendo, leves auras, una a una;
dejadla que duerma bien.
Dejad que no más la luna
la esté besando en la sien.

Que no canten las palomas.
Que la cerquen con aromas
las manzanas y las pomas
de Salen.
Que se rieguen los sonidos
por el monte y por las lomas.
Que no canten las palomas,
que se estén en paz los nidos,
que la Amada duerma bien.

III

Verán los siglos un drama...
un sangriento panorama
que a Dios mismo asombrará.

En la cima del Calvario
la hostia blanca de un lirio
de sangre se manchará...

Sobre un monte funerario
se consumará un martirio,
y una virgen llorará...

¡Oh, cuán triste panorama!...
¡Cuánta sangre tiene el drama
que ni el tiempo borraré!...

Pero duerme Tú, entretanto.
Tiempo sobra para el llanto.
Ya se llorará.

A Jesús crucificado

¿Es decir que a pesar de tu agonía
no está mi conversión ni principiada...?
¿Es decir que a pesar de que soy nada
no has logrado vencerme todavía...?

No siento para amarte rebeldía,
lejos de inconsecuencia tan osada
¡cómo suspira el alma desterrada
por arderse en tu amor, delicia mía...;

¡No...! ¡vence ya, Jesús...! quiero cambiarme,
que por eso me abrazo a tu madero,
sabiendo que, al querer, puedes limpiarme.

Si así un leproso te rogó primero,
bien puedes, como a Saulo, quebrantarme,
o como aquél decirme: “Sana, quiero”...

Ad altare

*Para mi hijo Jaime,
con devota ternura.*

Os anuncio una nueva:
Hay que bajar al río,
y lavar en sus aguas al hijo mío
donde el dolor abreva.

Yo he de ser quien oficie, grave y adusto,
bajo la comba inmensa del firmamento;
hará el río de pila, de órgano el viento
y los astros de antorchas del templo augusto.

Disponed la partida,
inflamad las estrellas,
juntad todas las noches que hubo en la vida
y envolvedme con ellas.

Ya parece que en una se confundieron
las noches incontables que el sueño evoca,
y se me ha abierto el alma, y allí cayeron
las palabras que, en breve, dirá la boca.

Hemos dejado lejos el caserío
y vamos caminando con rumbo al río

que el dolor envenena.
Todas las cosas gritan en torno mío:
todas me dan, a una, la enhorabuena.

Al pasar a su lado,
las calandrias dormidas han despertado,
y hasta el desierto,
que a su sueño de tumba vive entregado,
se rebulle en la arena y está despierto.

¡Oh!, ¿qué música es ésta,
que por mejor sentirla se empina el río
y se pone de fiesta?
Todas las frondas cantan al hijo mío,
y hasta la cuesta.

¿Qué mucho es que yo corra con el pequeño
y que mis fuerzas hallen leve esta carga?
En mis brazos el niño, de quien soy dueño,
ni la cuesta que bajo se me hace larga,
ni las piedras me muerden, ni me despeño.

Y es que el amor me ayuda
y hasta me hace sentirme con menos años.
No cabe duda:
el cuerpo solamente se rinde y suda
cuando carga los hijos de los extraños.

Hemos llegado al río.
Tendidas a lo largo de la ribera
se ven todas las noches en doble hilera;
las noches congregadas al grito mío.

Todas ellas salieron del antro oscuro
de las cosas pasadas;
y a la voz poderosa de mi conjuro,
ocupan las riberas envenenadas.

Y se abrazan, se ciñen y se confunden,
y se ciñen y alargan, y en el vacío,
a cual más, las cabezas gigantes
hunden por asomarse al río.

De ese negro de noche tejí mi veste
que del cuello me baja y al suelo toca.
Reverbera en mis canas la luz celeste.
Y una palabra grande llueve en mi boca.

El mal turiferario*

He salido, a la postre, muy mal turiferario.
Culpa fue de mi casa que no tuvo costumbre
ni de quemar incienso, ni de avivar la lumbre,
ni de andar de rodillas más de lo necesario.

Por eso chasqueó el látigo sobre la espalda mía,
y perdí para siempre la quietud de mi Valle,
y salí sentenciado a pasar todo el día
azotando la calle...

Se me doró la jaula por dorarme el castigo.
Yo me abrazo al oprobio de mi jaula y me digo:
“¿Qué adelanto con eso...?”
Aunque tenga la cárcel el varillaje de oro,
¿no será verdad siempre que está el pájaro preso...?
Me hace falta mi Valle, mi silencio que adoro
y aquel mi desamparo que iba siempre conmigo...
Me hace falta todo eso.
¡Al cabo era mi amigo...!

.....
* Nota del antologador: Dicho de una persona encargada de llevar el incensario.

Mas, no extraño esta pena.
Hallo hasta necesario
el cúmulo de enormes desastres que me pasa.
Jamás supe de lumbre, nunca usé el incensario
ni nadie, que yo sepa, lo acostumbró en mi casa

.....

No salgo del asombro en que caí.
¡Oh estupendo
horadar de la gota que siempre está cayendo...!

Meditación

I

¿Que porque soy muy joven tardan mucho
las sombras de la tumba apetecida...?
No puede ser; yo siento que en el alma
llevo tantas tristezas escondidas...

¿Por qué la muerte ha de esperarse sólo
cuando la escarcha de la edad blanquea...?
¿Quién pensó alguna vez que sólo sea
la frente cana y sin calor, espejo
donde con toda claridad se vea
si está joven el hombre o si ya es viejo...?
¿Quién está tan sin luz que así delira...?
¿En qué cerebro se engendró esa idea...?
¿Quién alcanza a pensar esa mentira...?
Yo no soy joven ya... triste y sin calma,
siento ha ya muchos años ese frío
que llevan los ancianos en el alma...
Un punto más allá, mañana acaso,
se habrá extinguido ya en el plectro mío
la última cadencia,
y hundídose en su ocaso
el sol en tempestad de mi existencia.

II

¡Oh...! ¡si ese instante por mi bien llegara...!
¡Feliz, oh Dios, el triste peregrino
si te viera en el cielo cara a cara
y en tu luz y en tu gloria se abismara,
libre ya de las sombras del camino...!

¿Cuándo habré de sentir las alegrías
que al pasar de la tumba el alma siente...?
¿Cuándo habré de escuchar las armonías
que inundan tu ciudad eternamente...?

¿Cuándo, rotos los lazos
que mantienen el alma encadenada,
habrás de abrirme tus clementes brazos...?

Entonces, de seguro
en ti descansará mi pensamiento
y a decir de Bernardo, el alma mía
sentirá que amanece un nuevo día
de eterna paz y eterno arrobamiento.

Una cosa de ti nomás reclamo,
y seré en reclamártela incansable,
y es: que visto el amor en que me inflamo,
te inclines al clamor con que te llamo,
y tengas compasión de un miserable.

La enmienda

Díjele a la peña muda, estoica y fría,
que el mar golpeaba: “¿No sabes odiar?
Yo, en el caso tuyo, juro que odiaría.
¿Por qué el mar te azota?, ¿no más por ser mar?”

Y dijo la peña que el mar golpeaba:
“Cállate boca, no vuelvas a hablar.
Deja que me azote, ¿no ves que me lava?
El mar que no azota, no sabe lavar.”

Y dije a la peña: “Gracias, peña mía,
que a pensar me pones lo que ya sabía.
Si el dolor me tiene que purificar,
voy a ser un alma muda, estoica y fría.
No volveré a hablar.”

Las estrellas

Llaman islas de luz a las estrellas
y no sé la razón por qué las llaman.
Dicen que hay un beleño misterioso
en su tibio fulgor para las almas;
y hay quien diga que ellas, muchas veces,
sus pupilas encienden la esperanza.

¡Qué mentira tan triste...!
Yo jamás he pensado en contemplarlas.
Cuando buscan mis ojos las estrellas,
las estrellas se esconden o se apagan...

Dicen que sus fulgores, simulando
blanca lluvia de lágrimas,
tristemente descienden por las noches
y visitan las ruinas solitarias
de retoños silvestres
o de fúnebres musgos coronadas.

Tal vez lo hagan así. Suele el viandante
de tiempo en tiempo suspender la marcha,
y sentarse a leer en cada piedra
que el tiempo azota o la intemperie labra,
la memoria inextinta y dolorosa
de las cosas pasadas.

Tal vez lo hagan así; mas hace tanto
que inútilmente el corazón lo aguarda...

Muchas veces, de noche,
me he sentado a las puertas de mi casa;
y en mis largos insomnios,
y en mis continuas y mortales ansias,
¿qué han hallado en el cielo mis pupilas...?
Abismo, soledad, tinieblas... ¡nada...!
que aunque alumbran las ruinas, las estrellas,
no hay que esperar que alumbren para el alma.

Dicen que los poetas, esos seres
que adivinan lamentos y palabras,
sollozos, anatemas,
gritos, imprecaciones o amenazas,
las han visto llorar sobre las tumbas,
cuando el silencio de la noche avanza,
a envolver las gavetas y las cruces
en el triste vapor de sus miradas.

¿Para qué mentirán...? Si fuera cierto
que de las tumbas y el dolor se apiadan,
yo lo supiera bien. ¡Ay, cuántas veces,
huyendo del dolor que me acompaña,
me he sentado a las márgenes del río,
por sentir a mis pies quejarse el agua
y en la arena ensayar la última estrofa
que en rumores traducen las montañas...!

¿Para qué mentirán...? Huérfano y solo,
sin luz la frente y sin calor el alma,
¿qué otra cosa es mi vida que una tumba
de mortales recuerdos coronada...?

Muchas veces, de noche,
me he sentado a las puertas de mi casa;
y en el ir y tornar de mis recuerdos,
y en mis continuas y mortales ansias,
se han hundido en el cielo mis pupilas,
mas no logra encenderse mi esperanza.
Cuando buscan mis ojos las estrellas,
las estrellas se esconden o se apagan.

Mis tristezas

Mi dolor es un mar; en él se pierden
en fúnebre cortejo, mis tristezas,
silentes, majestuosas y sombrías,
como góndolas negras.

Allí buscando la tranquila playa
naufragaron mis tímidas quimeras,
y como pobres pájaros heridos
mis sueños aletean.

Y el hastío, el pesar y el desengaño
surgen siniestros de sus brumas densas
y sus olas se encrespan y se agitan,

cuando pasan mis fúnebres tristezas
silentes, majestuosas y sombrías,
como góndolas negras.

Las dos cosas que quiero

Señor: puedes creerme, de nada siento gana.
De aquel mundo apretado de sueños que traía
he venido matando hoy uno, otro mañana
y el último otro día.

Perseguidos los pobres y muertos de ese modo,
unos que ya corrían y otros que eran de cuna.
Señor, puedes creerme: sin tener cosa alguna
de nada siento gana y estoy lleno de todo.

Solamente dos cosas déjame que te pida.
Esas cosas las quiero
una para la muerte y otra para la vida:
andar tu misma cuesta, mientras fuere romero,
y una vez en la cumbre, refugiarme en tu Herida
y que en ella me escondas como buen compañero.

Almas enfermas

II

¡Canto a veces y qué! ¿Nomás por eso
no soy digno de lástima...?
¿Por qué quereis dudar cuando los ojos
revelan bien la tempestad del alma?
Hay en mi corazón hondas heridas
que eternamente y sin descanso sangran.

¡Cuán azul está el cielo,
siendo así que lo azul es la distancia...!

¡Cuántas tumbas florecen
y están llenas de luto sus entrañas...!

Yo soy así lo mismo que las tumbas
que su tristeza y su dolor disfrazan;
soy lo mismo que el cielo
que remeda el color de la distancia;
soy una angustia que se yergue y ríe,
soy un dolor que se eterniza y canta...



Alfredo R.

Placencia

Poesía selecta

se terminó de editar
en noviembre de 2017 en las
oficinas de la Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación